

sus seguidores radicales (que incluía mucho más que el voto) del suyo propio (limitado al control del gobierno). Ésta fue la causa principal de la desintegración de su movimiento y de su caída, según LaFrance.

Con el tiempo, dice el autor, el Estado posrevolucionario descartaría el limitado criterio democrático de Madero y adoptaría una versión de la solución "carrot-and-stick" de Díaz para contener y encauzar a la disidencia, ahora en forma de un autoritario partido oficial. Así, para LaFrance, el dilema de los líderes mexicanos ahora, como en el pasado, sigue siendo el de cómo hacer llamados a la democratización del sistema político sin correr el riesgo de abrir las puertas a los elementos que demandan cambios socioeconómicos profundos y amenazan la estructura de élite dominante.

Finalmente, debe señalarse que en esta edición el autor se preocupó por hacer más explícito su argumento a lo largo de la historia que relata, lo cual es un motivo más para leer este libro.

Coralia GUTIÉRREZ ÁLVAREZ
El Colegio de México

Clara E. LIDA, en colaboración con José Antonio MATESANZ: *La Casa de España en México*. México: El Colegio de México, 1988, 201 pp. «Jornadas, 113» ISBN 968-12-0408-5.

Clara E. LIDA y José Antonio MATESANZ, con la participación de Antonio ALATORRE, Francisco R. CALDERÓN y Moisés GONZÁLEZ NAVARRO: *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*. México: El Colegio de México, 1990, 395 pp. «Jornadas, 117» ISBN 968-12-0455-7.

Es sabido que en 1938 el gobierno de México, encabezado por el general Lázaro Cárdenas, fundó La Casa de España en México para dar asilo a un grupo de intelectuales y científicos españoles que habían visto interrumpido su trabajo por la guerra civil, y también que de La Casa surgió, posteriormente, El Colegio de México, institución de alta cultura reconocida tanto en México como en el extranjero. Pero antes de la aparición de estos dos libros pocos conocían con precisión la amplitud y profundidad de la obra desarrollada por ambas instituciones, la cual les ha proporcionado un lugar destacado en la historia de la cultura mexicana e hispánica.

Los autores se ocupan en estos libros —que, de hecho, son dos partes de una misma obra que desde 1986 coordinó Clara E. Lida— de reconstruir la historia de La Casa y de El Colegio a través de tres elementos fundamentales: los hombres y mujeres que los hicieron posibles, las obras y labores que ahí se realizaron, y los vínculos que ambas instituciones mantuvieron con otras, tanto estrictamente académicas como políticas, que las apoyaron.

El primer libro se ocupa de la historia de La Casa de España desde su gestación al comenzar la guerra civil hasta el periodo de actividad plena entre 1938 y 1940. En él se rastrean sus orígenes en el conflicto bélico español y en el México cardenista, y se destaca la entrega apasionada de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, artífices de ambas instituciones. Clara E. Lida examina exhaustivamente la labor intelectual de quienes fueron sus primeros miembros, la de aquellos que fueron llegando a propósito de su creación y el complejo perfil de quienes formaron la corriente más numerosa que, a raíz de la derrota republicana en España en abril de 1939, acudió a La Casa como refugio. A todos procuraron atender Reyes y Cosío, y aquellos que no pudieron incorporarse a la institución fueron apoyados para hacerlo en otras más acordes con su quehacer. Pareciera, por decirlo de algún modo, que La Casa se ocupó de reunir talentos para distribuirlos generosamente a lo largo y ancho de la República a través de diversas actividades e instituciones culturales. El peso de los grandes hombres y nombres que formaron La Casa de España es casi abrumador: José Gaos, José Medina Echavarría, María Zambrano, Enrique Díez-Canedo, José Giral entre tantos otros, como también fue abrumadora la actividad desplegada. Suman más de 200 los cursos formales y cursillos, conferencias y publicaciones realizados en dos años, no sólo en la ciudad de México y en sus grandes instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Politécnico Nacional, sino también en muy diversos lugares del país y, por supuesto, en las universidades de provincia. La Casa no sólo se ocupó de pagar los salarios de especialistas de diversa índole sino que hubo ocasiones en que específicamente fundó el lugar de trabajo para algunos, como el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos y el Instituto de Química, instituciones, que llegarían a formar parte de la UNAM.

Esta dedicación exclusiva era novedosa en el ambiente mexicano; gracias en gran medida a ella —afirma la autora— se inicia la profesionalización de la vida intelectual académica. Ello, aunado al talento, dio frutos innegables: la calidad y variedad de las

actividades desarrolladas “ofreció, por un lado, una imagen del intelectual de cuerpo entero, dedicado [. . .] a la docencia, a la investigación, a la difusión cultural, a la formación de alumnos y continuadores [. . .] Por otro, se inició en la vida cultural mexicana un complejo proceso de influencias y estímulos que había de cambiarla radicalmente, sacudiéndola, enriqueciéndola, poniéndola al día, ampliando sus horizontes, sembrando en ella fermentos nuevos, respondiendo a inquietudes antiguas” (p. 169).

El segundo libro se ocupa de El Colegio de México desde su creación, en octubre de 1940, hasta 1962, año en que por un decreto del presidente Adolfo López Mateos se convirtió en una escuela de tipo universitario, con derecho a otorgar grados y títulos académicos.

El fin con que fue creada La Casa y el nacimiento de El Colegio en 1940 están vinculados básicamente a dos hechos: la llegada masiva de refugiados españoles al finalizar la guerra civil y la terminación de la presidencia de Lázaro Cárdenas. Ambas cuestiones obligaron a sus fundadores a replantear el carácter de la institución, su financiamiento y su permanencia. Se hacía necesario, sin renunciar al espíritu de La Casa, mexicanizar la institución, delimitarla en sus objetivos y en sus compromisos, y garantizar, en la medida de lo posible, su supervivencia económica, que en los años de La Casa había estado demasiado ligada al presidente Cárdenas. Para realizar esta transformación, “don Alfonso y don Daniel —escriben Lida y Matesanz— tomaron medidas encaminadas a demostrar a diestra y siniestra que las actividades de la nueva institución eran de excepcional importancia para México, ya que estaban centradas en la docencia, en la investigación y en el impulso de obras culturales de gran aliento que entonces no se realizaban en ninguna otra institución de educación superior del país. El Colegio de México demostraba la sana ambición de preparar la crema y nata de los intelectuales del país, ante todo en las humanidades y, luego, en algunas de las ciencias sociales, y surgía también con la plena certeza de que sólo por medio de la investigación rigurosa podrían rendir sus frutos más ricos el talento, la imaginación y la auténtica vocación intelectual” (p. 12).

Así, la nueva institución, a medio camino entre el centro de investigación y el de docencia, optó por las humanidades y las ciencias sociales y tuvo que deshacerse de muchos de los científicos que fueron sus miembros originales, que quedaron incorporados a otras instituciones en las que, por acuerdos con La Casa de España, ya estaban prestando sus servicios. En cierto sentido El Cole-

gio se replegó sobre sí mismo, lo que no impidió que sus becarios y muchos de sus profesores fueran al mismo tiempo alumnos y profesores de la UNAM y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, instituciones que en los primeros años fueron las encargadas de otorgar títulos a los egresados de El Colegio. Parecería que al mismo tiempo que la institución se consolidaba, perdía un tanto el espíritu expansivo y andariego de La Casa.

El financiamiento fue siempre cuestión difícil. Aun cuando en ello estaban comprometidas instituciones como el Banco de México, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, la UNAM y el Fondo de Cultura Económica, no sería hasta el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines que El Colegio saldría de la precariedad. Para sortear los malos tiempos contó con algún apoyo de fundaciones extranjeras, pero sobre todo con el entusiasmo de sus miembros y la disposición de apretarse el cinturón cuando fue necesario: se trabajó mucho con muy poco.

En sus primeros años, El Colegio se apoyó básicamente en los que podríamos llamar cinco pilares originales: el Centro de Estudios Históricos, el Centro de Estudios Sociales, el Centro de Estudios Filológicos, el Seminario del Pensamiento en Lengua Española y el Seminario de Historia Moderna de México. En todas estas secciones, por llamarlas así, la inquietud fundamental era el estudio de México e Hispanoamérica. Bajo la dirección de Silvio Zavala el Centro de Estudios Históricos se dedicó, sobre todo, al conocimiento de los siglos XVI y XVII, "los siglos de la Conquista y la Colonia temprana". El seminario de José Gaos estudiaba "las formas peculiares que [el pensamiento del] Siglo de las Luces había tomado en nuestros países hispánicos". El Seminario de Daniel Cosío Villegas se dedicó totalmente a la historia del porfiriato. El Centro de Estudios Sociales fundado por José Medina Echavarría, desde otra perspectiva, también se insertó en la preocupación por México. Cosío escribió que éste se había creado "con el ánimo de preparar en el campo de la teoría y de la investigación de las Ciencias Sociales a personas que puedan el día de mañana desempeñar tareas prácticas que habrá de encomendarles en la inmensa mayoría de los casos el propio Gobierno Mexicano" (p. 206). En este contexto, tal vez de alguna manera sea el Centro de Estudios Filológicos el más "internacional". Fundado en 1947 por el argentino Raimundo Lida, en él se recogió la herencia de la filología española que, interrumpida por la dictadura de Franco, pasó a la Argentina para verse ahí obstaculizada también por el ascenso peronista.

La "mexicanización" de El Colegio se dio tanto en las temáticas y problemas que abordó como en el número creciente de profesores mexicanos que ingresaron a él. Los becarios, por otro lado, fueron mayoritariamente mexicanos, aunque hubo una importante presencia latinoamericana. Pero la presencia de los intelectuales españoles continuó siendo muy importante. Baste mencionar, en el Centro de Estudios Históricos, a Ramón Iglesia, José Miranda, Rafael Altamira y Agustín Millares; el Seminario del Pensamiento en Lengua Española pasó a la historia como el Seminario de Gaos y el Centro de Estudios Sociales no se explica sin la presencia de Medina Echavarría. También es importante notar que al mismo tiempo, se incorporaron especialistas latinoamericanos y de otras latitudes.

Para reconstruir la historia de La Casa y El Colegio, los autores se apoyaron en una investigación rigurosa en materiales de archivo, biblioteca, hemerografía y en conversaciones formales e informales con testigos y actores de esa historia. Hay que destacar también especialmente que el libro sobre El Colegio incluye tres textos escritos *ex profeso* por Moisés González Navarro, Antonio Alatorre y Francisco R. Calderón. González Navarro, alumno de la primera generación del Centro de Estudios Sociales y profesor de El Colegio, nos habla de la historia de dicho Centro. Antonio Alatorre, que fue alumno y posteriormente director del Centro de Estudios Filológicos, además de ser personaje central de su historia, escribe también su testimonio, y Francisco R. Calderón, colaborador del Seminario de Historia Moderna dirigido por Cosío Villegas, hace lo propio.

Con todos estos elementos, los autores construyen historias detalladas y minuciosas a la vez que muy bien escritas y apasionantes: éstos son dos libros que se leen con placer y resultan difíciles de dejar. Seguramente escribirlos no fue tarea fácil porque son trabajos de investigación y de análisis exhaustivos. Se explica en ellos el papel de todos los que tuvieron que ver con ambas instituciones, desde las grandes personalidades señeras hasta los alumnos y los trabajadores administrativos y técnicos. Se mencionan y analizan los cursos, las investigaciones, las publicaciones... Entretejida con esta descripción, que nunca es fría ni pesada, se reconstruye el clima cultural que reinaba en ambas instituciones, el frenesí del trabajo, la disciplina férrea, la pasión intelectual. Se van dibujando así instituciones formadas por personalidades fuertes, a veces agobiantes; tan fuertes que a veces no pueden caber bajo el mismo techo. Si bien en estos trabajos se nota la intención no tanto de

evadir como de no exaltar los conflictos que existieron, éstos resultan evidentes.

Sin embargo, la emoción y la tensión que provoca la lectura de estos libros, la historia de esta aventura intelectual, la voráGINE del trabajo, se ven gratamente interrumpidas más de una vez por el humor y por la risa. No faltan anécdotas de este corte. Imposible no reír, por ejemplo, ante el comentario de Alfonso Reyes cuando se refiere a dos de los enérgicos secretarios de El Colegio: Daniel Cosío Villegas y Daniel Rubín de la Borbolla. Así, dice de sí mismo que él “no era Daniel en el foso de los leones, sino Alfonso en el foso de los Danieles” (p. 98).

En nuestro país, donde se ha escrito tan poco sobre las instituciones culturales, no cabe duda que estos dos libros realizan un aporte muy importante. No se ha escrito lo suficiente sobre las historias de otras instituciones y hasta ahora no se ha puesto suficiente énfasis en conocer el clima intelectual, las corrientes predominantes de pensamiento y las formas de trabajo prevaLcientes en las instituciones del país antes de la creación de La Casa y de El Colegio y en los años siguientes. Si se pudiera reconstruir con mayor precisión el contexto cultural mexicano en el que surgen estas dos instituciones, se podría apreciar mejor en qué sentido significan continuidad o ruptura.

Ojalá estos dos libros, escritos con una innegable pasión por el nido, sean un estímulo para que otros investigadores, no menos apasionados por sus propios nidos, escriban la historia de sus propias instituciones culturales y científicas.

Dolores PLA

Instituto Nacional de Antropología e Historia

ERRATA

Por una omisión, en el número anterior no se indica que las gráficas que se publicaron en la ADDENDA (pp. 341-344) se refieren al artículo de Juan Javier PESCADOR “Devoción y crisis demográfica: la Cofradía de San Ygnacio de Loyola, 1761-1821”. *Historia Mexicana*, xxxix:3(155) (enero-marzo 1990), pp. 767-801.